

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

## PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50  
 Provincias: trimestre... > 3

## REVISTA TAURINA

## PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios... > 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

## SUMARIO

El secreto del arte, por J. Sánchez de Neira.—Recortes, por M. del Todo y Herrero.—Rectificaciones, por A. Vela Hidalgo.—Nuestro dibujo.—A Montevideo, por Don Cándido.—Anuncio.

## El secreto del arte.

**Y**A concluyeron las corridas de toros en París. Hasta el año que viene no volverán los habitantes de aquel gran pueblo a presenciar el espectáculo que en un principio rechazaron, después toleraron y últimamente aplaudieron con frenesí.

Así debía ser y fué en efecto. Eran demasiado fuertes para los ánimos que a ello no estaban acostumbrados, los diversos lances de una lidia de fieras por hombres que, en vez de usar para dicho fin armas ó parapeos que los pongan á cubierto de la terrible embestida del toro bravo, se presentan ante el mismo completamente desprovistos de todo amparo, sin más recurso que el que les presta su destreza é inteligencia.

Peró vieron que estas dos cualidades las poseen los toreros españoles en alto grado; advirtieron que la fiera de las reses bravas era burlada con entera tranquilidad por los diestros; admiraron cómo puede un hombre jugar á placer con la fiera, llevándola y trayéndola á su antojo, y parándola cuando bien le parece; y un día tras otro, y lance tras lance, han ido á estos acostumbrándose, é impresionados por la magnificencia de la fiesta, han concluido por aficionarse á ella con entusiasmo.

Y eso que allí no han visto realmente más que la parodia de las corridas de toros. Si presenciasen las que se celebran en las primeras Plazas de España, con todas las peripecias que ofrecen; los arriesgados lances que proporcionan y los imprevistos sucesos que originan, quedarían los habitantes de París espantados, en algunos casos, al ver hasta dónde llega el valor del hombre y el desprecio de la vida. Sin embargo, Francia, que, especialmente por lo que á su capital toca, parece que es la madre de la sensibilidad, tiene en su seno mayor número de hombres valientes, amigos y admiradores de todo lo grande y excepcional, que á las fiestas de toros conceden la importancia que en sí tienen, como espectáculo que no tiene rival en el mundo, y á pesar de ver las astas del

toro rojas de sangre, aplaudirían—y con el tiempo lo aplaudirán—el terrible momento en que, rodando los caballos por el suelo y caído el picador inerme ante el testuz de la fiera, otro hombre, con sola su habilidad, la arranque de aquel sitio peligroso, y jugando con ella le sirva de entretenimiento y á los espectadores de solaz y regocijo. Ha de llegar el día en que, desaterrando preocupaciones, sea para aquel país, como para el nuestro, motivo de admiración ver al lidiador frente á frente del toro, á dos pasos de distancia, en el acto supremo y decisivo de darle muerte; que ese acto, el menos repugnante de cuantos tienen todos los espectáculos, commueve de tal modo las fibras del corazón, como la erupción de un volcán, ó el fragor de una tempestad, aunque aquel commueve deleitando y estos aterrando.

Entre tanto, llega ese día no lejano, vengamos á hacer breves consideraciones acerca de las causas que más pueden haber contribuido á que los franceses hayan dado preferencia á determinados diestros sobre otros.

Ángel Pastor y José Sánchez del Campo han sido allí los toreros que más aceptación han logrado, y ese envidiable éxito habíale de antemano predicho todos los inteligentes de España. ¿Y cuál ha sido la causa de esa predilección? Fácilmente se explica. Esos diestros—dadas las suertes que allí se permiten—son los que en ellas más se ajustan á las reglas del arte; la muleta en sus manos es airosa, elegante, como traída, desenvuelta y guiada despacio y sin precipitación; al capote le llevan al lado que á su fin conviene; al solo impulso de los brazos, lentamente como quien guía el timón de una nave; son pundonorosos, finos, y sus figuras en extremo simpáticas: ni arrastran por la arena la muleta, ni sus lances de capa dejan descubierto el cuerpo; y como esas son las únicas suertes que allí han podido ejecutar y en ellas hoy no tienen rival, han entendido perfectamente los franceses, y lo mismo lo entenderá quien fuere desapasionado, que nadie mejor que dichos diestros ha merecido los vítores, plácemes y obsequios que con profusión les han tributado.

No quiere esto decir que nosotros consideremos á Lagartijo y Frascuelo de peores recursos taurinos que aquellos compañeros suyos. De ningún modo. Tienen hartó acreditada su suficiencia para que nadie la ponga en duda; pero tocando ya al ocaso de su carrera, no hay en ellos la *viveza tranquila* que en los otros; si en la suerte de matar y en otras varias toda-

vía dan mucho que aprender á los toreros, en las practicadas en París sobresalen los otros diestros porque en ellas son realmente especialidades, y en cuanto á delicada elegancia, no cabe la misma en unos que en otros cuando se tiene en cuenta el exceso de los años. Es más: los dos viejos matadores se diferencian en que el uno, con la agilidad y experiencia que todos le reconocen, ejecuta las suertes de un modo particular que no se ajusta precisamente á las reglas escritas; y el otro, que tan fielmente se amolda en ellas al herir, en lo demás ya no es notable.

Siendo esto así, cómo ha de sorprender que aquéllos y no éstos hayan gustado más en París? Supongamos que en cualquier parte del mundo, donde fueren completamente desconocidos, se presentasen sucesivamente á lidiar toros—del modo que se ha hecho en Francia—los cuatro espadas antedichos, y tengamos por seguro que el resultado hubiera sido enteramente igual, porque sin saberse dar cuenta de la razón que á tal juicio guiase á los espectadores, hallarían el trabajo de Pastor y Cara-ancha más aceptable que el de los otros, por intuición, *por eso* que no se explica más que viéndolo y sintiéndolo.

La apreciación de un trabajo, sea de la clase que quiera, hecha por personas extrañas á él, causa tanto mayor efecto cuanto más agradable sea en sus signos exteriores y más sorprenda su realización ó modo de presentarle. Ángel Pastor y Cara-ancha han tenido la suerte de presentarle en Francia como exige la tauromaquia de la buena escuela, y por eso el resultado les ha favorecido.

Ese es el secreto del arte.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

## RECORTES

Esechando á su marido discutir con gran vehemencia respecto á la inteligencia de un matador conocido, una hembra joven y guapa dijo:—Viéndole en la suerte, que es entendido se advierte, porque se *aprieta y empapa*.

A Cacho, que era un borracho, dieron sepultura ayer; ahora sí que, sin empacho, puede decir su mujer que ya está *libre de Cacho*.

M. DEL TODO Y HERRERO.

# LA LIDIA.



## Rectificaciones.

o por mi competencia escasisima en taurinas materias, de las cuales me puse de lleno á tratar en LA LIDIA sin explicarme cómo, sino por la sinceridad y buena fe que al escribir me inspiraban, no créf merecerme la mala fortuna de ver repetidamente desmentidas mis afirmaciones.

Hablé de los tranquilos del toreo y les llamé, según mi leal entender, manera artificiosa ó mala maña para no hacer las suertes por las buenas reglas, eludiendo la dificultad del lance, y aunque, desconfiando de mí mismo, busqué al decirlo el apoyo de autoridad taurina tan reconocida y respetada como la de D. José Sánchez de Neira, hete aquí que al número inmediato mi estimable compañero de colaboración D. Leopoldo Vázquez, llamándonos igualmente al insigne Neira y á mi modesta persona distinguidos escritores, reputados, inteligentes y respetables y queridos amigos, nos dice que en su opinión no hay tal cosa, y que tranquilos son todas las suertes del toreo desde el momento en que todas ellas tienen por fin engañar al toro por medios artificiosos.

Mal parado deja mi compañero al toreo con su afirmación, si según ella es cierto que en el torear todo cuanto se hace son tranquilos, y si entre los artificios con los que al toro se le engaña al fin, no han de distinguirse los que son de buena ley de los otros taimados y de falsa apariencia con los que, al engañar á la res, el diestro pretende también engañar al público, y engañando al arte además hasta se engaña á sí propio á las veces, trayéndose un peligro inesperado al esquivar otro de mala fe.

En todas las artes, ¿de qué se trata sino de vencer dificultades con artificios? Tales son las reglas para hacer bien una cosa, y admitiendo que existan frases en su absoluto valor sinónimas, ¿han de ser lo mismo reglas que tranquilos?

Un ejemplo, y perdóneme el arte liberal de la pintura y las reglas sabias á las que el genio del color y de la línea se someten. Merced á esfuerzos de arteificio, consiguen el entendimiento y la inspiración dar vida en el plano de un lienzo á la luz que él no tiene y al espacio que no encierra: la ficción alcanza todas las apariencias de verdad; figuras que se van, parece que se alejan ciertamente; á otras que se acercan se las ve llegar y se cree que van á salirse del cuadro: el efecto óptico—no hablemos ya del sentimiento del asunto—es completo, la ilusión se realiza por derechas y severas reglas del arte bien cumplidas; bajo ese aspecto, la factura del cuadro es magistral. ¿No véis ese caballo corriendo hacia aquí?—dice un espectador—¡Enteramente se destaca fuera del lienzo! Y llega un inteligente y os dice que una falsedad del pintor, una especie artificiosa, os engaña: os lo hace reparar y lo véis; es que á la sombra de las manos de aquel caballo, extendidas de frente, se la ha hecho que proyecte en el mismo marco del cuadro, pintándola en él: por eso lo véis saliéndose del lienzo.

Tal engaño ha venido á ser ya un tranquilo puesto hoy tan en moda por el arte de dibujar para conseguir un efecto falso, que apenas hay portada de obra pornográfica en donde la figura no alargue la torneada pantorrilla fuera del círculo que se traza encerrándola, para darle así más vida, haciéndola salirse de él. Tranquillo puro.

Las reglas no son tranquilos; entre reglas y tranquilos hay la diferencia que existe entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, créame el Sr. Vázquez y júzguelo el lector; y si en el toreo no sucede así, será que yo no entiendo el asunto, porque no quisiera creer que el torear no es arte.

Vamos á mi segunda decepción, que ya no consiste, á lo que creo, en una mala inteligencia, porque lo que es aquí hay mayor *intrínquilis*.

En estas mismas columnas, halagando mi vanidad de mortal, me invitó E. Churas á que hablase del concepto que me mereciera el acto de salir por la cara del toro el diestro al consumir el lance de la muerte; tema discutidísimo en otros tiempos, á lo que yo sabía, y de difícil y espinosa apreciación para mi pobre competencia taurina, escasa y sin crédito.

Por eso mismo no reparé en aceptar la invitación que, como inocente en tales polémicas, y desapasionado á fuer de poco taurómaco, bien podía desenvueltamente escribir del caso, y dar motivo á que expusiera su parecer E. Churas, pues no era precisa mucha malicia para sospechar que por tener ocasión de emitir su opinión propia, me excitaba á precisar la mía.

Efectivamente: dije yo, con alguna salvedad que cuidé muy bien de hacer, que salir por la cara

es no rematar bien la suerte, en cuanto no se cambian limpiamente los terrenos; y ¿tú qué dijiste? Vino la contraria, y á los pocos números, dejando de antemano pagado con exceso mi amor propio al precio de abundantes elogios, habló E. Churas del asunto, y habló largamente con la grande competencia que él sí posee; y exponiendo con clara dicción y razonada lógica ejemplos prácticos, hizo todo género de distingos, cuidando al mismo tiempo de formular enérgica protesta contra el afán dominante hoy de convertir en discusiones bizantinas las prácticas de toros.

Para no incurrir en tal defecto, por mi parte, seré breve, y sólo diré que en aquel escrito que E. Churas tiene la bondad de dedicarme con el título de *A ver si nos entendemos*, empieza por declarar que no está conforme conmigo en el asunto de *autos*, y concluye diciendo que siempre que un matador haya entrado desde cerca, por derecho y efectuando la reunión precisa para dar una estocada entera, no es un defecto que salga por la cara.

Pues bien, Sr. E. Churas; estoy conforme y nos hemos entendido, porque en tales ocasiones no se debe decir que el diestro *salió por la cara*; antes bien, enjendrándose la estocada en la cuna y sin salir de la cuna consumada, el matador no salió de la suerte, se quedó en ella, y eso, que es el colmo del arrojo, y es torear y es matar, como Ud. dice, lo ví yo también, y también lo aplaudí con entusiasmo siempre que lo he visto, porque mi afición á la lidia de toros y al mérito de unos y de otros lidiadores, no ha sido tan desmedida nunca que me haya impedido ser imparcial.

Creo que hemos llegado á la avenencia sin hombre bueno, y sólo me resta darle las gracias por sus corteses lisonjas.

A. VELA HIDALGO.

## NUESTRO DIBUJO

### ESTOCADA Á PASO DE BANDERILLAS

Quiere indicar la frase *á paso de banderillas*, aplicada á la muerte de un toro, que ésta puede consumarse empleando el procedimiento más frecuente para la ejecución del segundo tercio de la lidia.

Es, según opinión de autoridades en materia taurina, una de las subdivisiones que pueden hacerse de la suerte primordial del volapié; pero aunque mucho respetemos tan importantes pareceres, permitásenos la franqueza de manifestar que no estamos completamente de acuerdo con semejante doctrina.

El paso de banderillas indica desde luego que la res se toma á determinada distancia, como sucede al paréarla en la mayoría de los casos en que el banderillero la cita desde algunos palmos de terreno, y después sale corriendo hacia ella, encontrándose ambos factores en el punto llamado de la reunión, y terminándose la suerte en él, á cuyo efecto contribuyen por iguales partes el hombre y la fiera.

En la estocada á volapié, consumada tal y como el arte ordena, la distancia entre toro y torero es insignificante, no dando, por consiguiente, lugar á que éste corra en dirección á aquél, y si únicamente á que, una vez cuadrado, engendre un pequeño movimiento de avance para clavar el estoque en el morrillo y salir con el menos peligro posible, puesto que la res, hasta el momento de herir, es un elemento pasivo, si vale el calificativo, y el diestro es el que pone casi todo el trabajo de su parte.

En esta inteligencia se nos resiste considerar como una subdivisión del volapié, la estocada á paso de banderillas, en la que el matador se tira desde muy respetable distancia, iniciando la carrera necesaria para salvar la que media hasta el enemigo, y procurando cogerle descuidado para terminar con él más sobre seguro.

Con toros aplomados, nobles y que toman bien la muleta, la estocada á paso de banderillas no es defendible, debiendo apelarse á ella, como de recurso, con el ganado querencioso ó huido, que dificulta siempre la colocación de una espada con lucimiento, y retarda la lidia sin beneficio para nadie.

He aquí el caso que el distinguido artista Sr. Chaves ha elegido para nuestro dibujo de hoy, cuyos demás pormenores ó detalles aplicará según su inteligente criterio, cada uno de nuestros favorecedores.

## Á MONTEVIDEO

INDICAMOS ya ligeramente en nuestro número anterior que Montevideo era uno de los puntos á los que marchaba cuadrilla de toreros para la próxima temporada, y que era ésta la capitaneada por Luis Mazzantini.

A esto sólo nos hubiéramos limitado, si hasta nosotros no llegara que la contrata para aquella capital tiene su historia, y ésta algunos puntos interesantes para el público, y de discusión para los que de toros escribimos.

Allá va, pues, lo que, por conducto que nos merece crédito, se nos ha comunicado.

Parece ser que por consecuencia de la desgraciada muerte del espada valenciano Joaquín Sanz (Punteret), ocurrida próximamente hará dos años en aquella Plaza de Toros, el gobierno uruguayo ha tenido por conveniente dictar una disposición prohibiendo las corridas en todo el territorio de la República, á contar desde mediados del año venidero de 1890.

Qué móvil haya podido inducir al poder republicano oriental á sancionar la prohibición, no encontramos más que uno: tomándolo bajo el punto de vista humanitario y civilizador. Pero aun así y todo, seguramente que se ha dejado llevar por las primeras impresiones y no se ha parado á reflexionar que afortunadamente para la fama de nuestro país no son esas las corrientes que imperan.

Cierto que es siempre de lamentar cualquier accidente desgraciado que al hombre ocurra, y mucho más al que tiene la misión de distraer con su valor, arte ó habilidad á un contingente numérico de población; y que esos fatales é inevitables accidentes (pocos dichosamente), contribuyeron años antes á dar un tinte de barbarie á nuestra fiesta nacional; pero los mismos que así opinaban convenciéronse al fin de que esa no es la regla, sino la excepción—y muy rara—y prueba de que no debe tener tanto de cruel, cuando la afición se va extendiendo de día en día por esa América á la que el Uruguay pertenece, y por esta vieja Europa, que siempre la rechazó.

La ignorancia y el descuido unas veces, la temeridad y la confianza otras, el acaso las más, han motivado algunas fechas tristes en los anales taurómacos, y el pueblo ha sido el primero en lamentarlas; pero no por eso los gobernantes han limitado el espectáculo, juzgándole inhumano, ni menos han pensado que se atentaba á la civilización, en la que, ni en sensibilidad cedemos á los hijos de América que se expresan en nuestro mismo idioma.

Y ahí tiene el Uruguay á México, que tampoco le cede el sitio en progreso y filantropía, extendiendo constantemente su afición, á pesar de haber presenciado en sus Plazas trágicas escenas de que fueron víctimas lidiadores españoles y del país.

Conste, pues, que desde las columnas de LA LIDIA juzgamos arbitraria y extemporánea la medida del Gobierno de Montevideo, y la censuramos, no sistemáticamente, sino apoyados en los razonamientos que dejamos expuestos.

Así han debido pensar también diez verdaderos aficionados de la expresada capital, y á la par principales rentistas, entre los que se cuenta uno de los primeros poetas americanos, cuando resolvieron llevar para la clausura de la época taurina en aquel país, á un diestro de los de más reputación en España, formando al efecto una sociedad con 50.000 duros, mediante la contribución de 5.000 por persona.

Ofrecido el negocio al espada Mazzantini, éste aceptó el compromiso por diez corridas y una de beneficio, á cambio de la citada cantidad de 50.000 duros; 30.000 de los cuales ha recibido por adelantado, para atender al préstamo de la cuadrilla,—empleando la frase teatral—y gastos de la expedición, y los otros 20.000 que percibirá en la forma que, ya en territorio americano, se estipulé entre los contrayentes.

Bajo estas condiciones, el 20 del actual zarpará de Lisboa con rumbo á Montevideo el buque que ha de conducir á la cuadrilla, que se compone del personal siguiente:

ESPADAS.—Luis Mazzantini y Enrique Santos (Tortero), de segundo.

PICADORES.—Manuel Martínez (Agnjetas), José Bayard (Badila), Cirilo Martín, Manuel Rodríguez (Cantares) y Pedro Ortega.

BANDERILLEROS.—Victoriano Recatero (Regaterín), José Galea, Tomás Mazzantini, Luis Recatero (Regaterillo), Bernardo Hierro y Francisco Diego (Corto).

PUNTILLERO.—Manuel García (el Jaro).

Condúcense además para correrse en el Circo taurino de la Unión, 24 toros de diversas ganaderías españolas, y seis de la del mismo Mazzantini (antes Heredia), destinados exclusivamente para el beneficio.

Seguramente que el personal enumerado es de lo más conocido, aun dentro de nuestro territorio, y la cuadrilla la más completa de las que han salido para el Nuevo Mundo, pudiendo adelantarse que llenará cumplidamente las exigencias de los montevidianos. Así lo deseamos, y si en vista del resultado la opinión se pronunciase abiertamente en favor de las corridas de toros, obligando al gobierno uruguayo á volver sobre su poco meditado acuerdo, el triunfo de nuestros paisanos sería, á más de provechoso, digno del reconocimiento del arte taurino de la Península.

DON CÁNDIDO.

ÚNICO AGENTE  
PARA LA VENTA Y SUSCRIPCIÓN DE  
LA LIDIA  
EN LA ISLA DE CUBA  
Señora Viuda de Pozo é Hijos.  
GALERÍA LITERARIA  
Calle del Obispo, núm. 55.—Librería,  
Habana.

Madrid.—Imp. y Lit. de J. Palacios.—Arenal, 27,